

FERNÁN SILVA VALDÉS



POESÍAS Y LEYENDAS

PARA

LOS NIÑOS



*Mis
Ar*

POESIAS Y LEYENDAS
PARA LOS NIÑOS



OBRA ACEPTADA POR EL CONSEJO
NACIONAL DE ENSEÑANZA PRIMARIA
Y NORMAL, COMO TEXTO DE LEC-
TURA AUXILIAR PARA 5.º Y 6.º
AÑOS DE NUESTRAS
ESCUELAS.

34.424

FERNAN SILVA VALDES

2/225

P O E S Í A S
Y
L E Y E N D A S
P A R A L O S N I Ñ O S

IMPRESORES: A. MONTEVERDE Y CIA
Treinta y Tres 1475 1940 MONTEVIDEO

141X192

A mi hijo Yuyo.

Chingolito

Biti bío, bío, bío...
silbando y al trotecito,
yo no sé qué vas arreando
troperito de los pájaros.

Un día llegaste al patio;
tenías fachita de enfermo;
levantándote del suelo
te enjaulé en una guitarra,
y en ella a cada momento
oigo tu canto sonando,
biti, bío, bío, bío...
troperito de los pájaros.

Biti, bío, bío, bío...
silbando y al trotecito,
yo no sé qué vas arreando
troperito de los pájaros.

Mi trompo

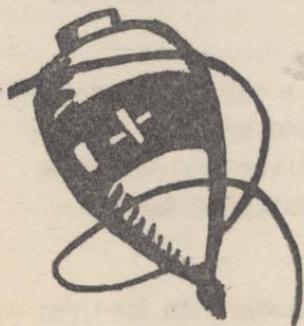
Tengo un trompo zumbador
con metro y medio de chaura;
con él no respeto pelo;
con él no respeto marca.

Tiene una púa grandota
afilada como un arma;
breva que cae a la troya
breva que sale averiada.

Cuando hago un tiro de lujo
y en la palma lo levanto,
baila, baila serenito
y se me duerme en la mano.

Le llaman el mangangá
porque zumba que hay que ver;
nunca lo quise cambiar;
nunca lo quise vender.

Y para que los muchachos
no me le hagan repeluz,
en el medio de la panza
tiene una señora cruz.



La cometa

Empieza a hacer calorcito,
ya viene la primavera,
se fué el tiempo de los trompos
y llega el de las cometas.

Frente a casa hay un campito
que dicen no tiene dueño;
allí me voy los domingos
a remontar mi lucero.

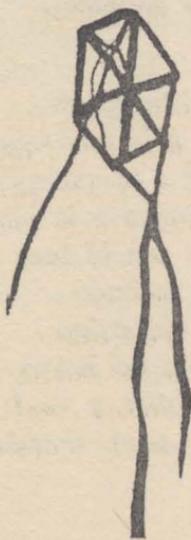
Le emparejo bien los tiros
y le acorto algo el del medio
para que vaya hacia arriba,
bien arriba mi lucero.

Y lo recojo y le aflojo
hasta hacerlo tocar tierra;
¡qué lindas son las cometas,
aflojale que colea!

Veinte tiritas de trapo
lleva la cola lo menos:
trapo que en casa se pierde
mamá lo encuentra en el cielo.

Por ver si le corto el hilo
a alguna otra cometa,
en la cola le ato un vidrio
que brilla como una estrella.

Vengan a ver mi lucero;
cuando está bien serenito,
por intermedio del hilo
le mando una carta al cielo.



Las bolitas

A la bolita juego,
gritan los chiquilines
al salir de la escuela
destrozando botines.
Salen como bandada
de pájaros cantores,
mejor dicho, bandada
de pájaros chillones.

—A la bolita juego...
—Juego y a lo que caiga;
—Te juegc a lo que quieras;
—Bueno, juego a la chanta.
(Uno hace con el taco
un hoyito redondo
y tiran al que caiga
más cerquita del hoyo).
—Aquí m'estoy, y vos?
—Yo estoy aquí, chambón;

- Chambón y disparás...
¡Tipo disparador!
—Y esto es disparar,
no ves que es un cachón?
—Salí de ahí, cachón...
cachones te hago yo!
—Bueno, tirá. Ya erraste;
ahora me toca a mí.
—No hagas tanto gañote.
—Salí de ahí, salí.
—Erraste vos también;
“almito con reyno”.
—Me ganaste de mano...
ya “reyenaste”, bueno...
Más atrás son las casas,
la cuarta más atrás.
—Vos tenés muchas leyes.
Te la chanté, tomá!
Y no recibo mingas,
ni mingas ni de yeso.
—Dejate de pavadas,
conformate con eso.
—La ley es ley ché, ché;
tomá, no la recibo;
o de vidrio o de piedra...
—Vidrio... que hacés de vidrio!...
Tomá de piedra y gracias...

Vas a seguir, jugás?
—No, mamá me rezonga
si demoro en llegar.
—Es cierto, a mí también,
todos se fueron ya;
vamos, a mí me retan,
y a veces... algo más.

Después, los dos muchachos
tarareando un cantar,
cada uno a su casa
derechito se van.



Los pollitos

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.

Va la gallina con los pollitos;
son tan redondos, tan redonditos,
tan afelpados, tan amarillos
como las flores del espinillo.

Todo lo miran y picotean,
luego se esparcen listos y alegres,
mas si los llama la madre, acuden
como los niños más obedientes.

Como en la clase,
como en la escuela,
parecen niños
con la maestra.



Teru tero

Teru tero:
quien te ve así pulido,
no dice que eres pájaro
tan masculino;
ni que llevas puítas rosadas
en el tronco de las alas.

Quien te ve así pulido,
no piensa
que escondes un centinela
en el alerta de tu grito.

Teru tero:
qué miedo te tenía cuando era chiquito!



Tropilla de estrellas

A los potreros del cielo
—que nunca nadie alambró—
va llegando la tropilla
de estrellas de Tata-Dios.

Venus es la que puntea
entrando en el campo azul;
hace de yegua madrina;
tiene un cencerro de luz.

Después: cuatro... siete... nueve...
diez... quince... veintiuna... treinta...
se va poblando el potrero,
ahora sí que son "sin cuenta".

Un ángel las pastorea
pero muy a su pesar,
alguna, de cuando en cuando,
se le escapa y cae al mar.

Tropilla de un solo pelo
brillante como no hay dos,
como que está iluminada
por la mirada de Dios.

★ ★ ★ ★ ★

★ ★ ★ ★ ★

★ ★ ★ ★ ★

★ ★ ★ ★ ★

El copete del cardenal

En un árbol había un nido de pájaros con cinco pichones. Los pájaros dueños del nido eran de tamaño más bien grande, de lomo gris, pecho blanco y copete marrón. Estos habían dicho a sus hijuelos que de madrugada, al despertarse, no se asomaran al borde del nido, pues como era el principio de la primavera, hacía frío aún y se podían enfermar. Recién tenían permiso para asomarse al balcón del nido, cuando el sol ya estaba alto y empezaba a calentar. Pero los pichones eran muy curiosos, querían verlo todo, y especialmente, querían ver el nacimiento del sol. Así fué que una mañanita, desoyendo la advertencia de sus padres, cuando ya había la suficiente claridad para distinguir las cosas, se asomaron al espacio por el borde del nido, en momentos en que salía el sol por el oriente, y lo miraron un rato llenos de asombro y de alegría al ver un espectáculo tan hermoso. Entonces, el sol, enterado en ese mismo instante de la travesura de los pajaritos, satisfecho, y

puede ser que un poquito vanidoso al ver que el espectáculo de su belleza, era tan verdadero y hermoso que hasta unos simples pichones de pájaro lo comprendían y admiraban, les mandó un rayo de luz derechito a las cabezas, tiñéndoles los copetes oscuros del rojo más vivo, pagándoles así, con un poco de belleza, su ingenua admiración. Y andando el tiempo, a esos pájaros de copete colorado, los hombres les dieron el nombre de cardenales.



El balero

Balero lindo el balero
que me regaló mi padre,
aquel día no olvidado
que me *porté* en los exámenes.

Era amarillo, grandote,
de madera de naranjo;
¡con él gané más partidos...
había que verlo en mi mano!

Sonaba así, como a hueco:
blak, blok, blak, cuando embocaba;
como trote en el asfalto,
blak, blok, blak, así sonaba.

¡Qué partidos a quinientos
y muchas veces a mil,
con aquel muchacho rubio
cuyo padre era albañil!

Redoblonas en collares
toditas en una hebra,
y las últimas cincuenta
tiradas a la porteña.

Jugaba bien el muchacho,
jugaba mejor que yo;
en toda la escuela el único
muchacho que me ganó.

Eso sí, no se burlaba
de su contrario al ganar;
se quedaba satisfecho
sin echarse para atrás.

¡Qué partidos, qué partidos,
sin ventaja, mano a mano;
se formaba cada rueda...
se formaba cada barra!...

Hasta el maestro venía
a observar nuestras jugadas,
y una vez que se pelearon
dos muchachos a trompadas,

formó la escuela en el patio,
nos llamó al rubio y a mí,
y señalando el balero
nos dijo: jueguen a mil.

Jugamos ante la escuela
que entusiasta nos siguió;
los dos echamos el resto
pero otra vez me ganó.

Me ganó por muy poquito,
es cierto, mas me ganó;
no nos pusimos un *pero*
al jugar, ni un *sí* ni un *no*.

Entonces vino el maestro,
nos agarró de la mano
y dirigiéndose a todos
les dijo: aprendan muchachos;

de esta pareja de amigos
tienen algo que aprender:
de uno a saber ganar,
de otro a saber perder...



El Picaflor

Cuando Dios hacía el mundo
—según dice una leyenda,—
para hacer al picaflor
tomó un puñado de tierra,
lo mojó en un arroyito
que había por allí cerca,
le dió forma entre sus manos
y después le dijo: vuela.

Obedeció el pajarito
a pesar de ser de barro;
las alitas agitó,
voló, se paró en un árbol,
después en otro y en otro
hasta que quedó cansado
de chuparles las florcitas
con su piquito de barro.

Y como las florecillas
que iba libando al volar
eran de varios colores,
él se empezó a colorar;

y aunque fué hecho de barro
(porque así lo quiso Dios)
se pintó con los colores
de las flores que libó.



El diamante

Un rayito de sol se enamoró de una gota de agua y la gota de agua le correspondió. Habiendo resuelto casarse, fueron a ver un hechicero para que los uniera.

Queremos unirnos para siempre, dijeronle gota de agua y rayito de sol. Entonces el hechicero ordenó que se juntaran, y cuando el rayito hubo atravesado la gota de agua y ésta quedó luminosa, volvió a ordenar y dijo: gota de agua, vuélvete cristal. Obedeció la gota, se volvió cristal y el rayito de sol quedó encerrado dentro, iluminándola. Y quedó hecho el diamante.



Palomita blanca

Paloma que vuelas
en la madrugada;
palomita blanca
 vidalitay...
pétalo del alba.

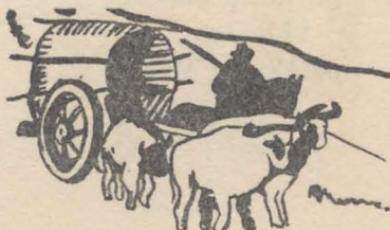
Palomita blanca
con piquito rosa,
de picar estrellas
 vidalitay...
en cielos de aurora.

Llévale esta carta
a mi madre amada,
palomita blanca
 vidalitay...
pétalo del alba.

A un camino nacional

Un camino
que anda entre dos alambrados;
verde por las primaveras
y en los veranos, dorado;
un camino
con mucho pasto en las márgenes,
y en el medio,
un senderito borracho,
desparejo, desparejo
como un tiento mal cortado.

Un camino y un sendero
y dos huellas de carreta,
que son como novio y novia
que para hablarse se alejan.



El Nido

Los árboles que no dan flores
dan nidos;
y un nido es una flor con pétalos de pluma;
un nido es una flor color de pájaro
cuyo perfume entra por los oídos.

Los árboles que no dan flores
dan nidos.



El color de los pájaros

Hace mucho tiempo, hace siglos, cuando América sólo estaba poblada por indios, ocurrió un hecho tan hermoso que a todos los niños se lo quisiera contar.

Una vez, los pájaros empezaron a notar que los colores del arco iris, cada vez iban siendo menos puros, y por lo tanto, menos hermosos.

¿Qué le sucederá al arco iris que ya no aparece tan lindo como antes? se preguntaban los pájaros asombrados. Y no sabiendo a qué atribuir el fenómeno, en el deseo de aclararlo y de realizar algo para hacerlo desaparecer, se reunieron en una gran asamblea.

Es conveniente decir, antes de continuar esta narración, que por aquellos tiempos los pájaros no tenían — como muchos tienen ahora — plumas de hermosos colores, porque todos, o casi todos, poseían un plumaje de color oscuro como es en el presente el del gorrión.

Bien. Reunidos en gran asamblea, como hemos dicho, sucedió que cuando estaban delibe-

rando, aunque sin llegar a ningún acuerdo y sin saber qué resolución adoptar, bajó volando desde el cielo al gran árbol sobre cuyas ramas se posaban, un pajarito desconocido, más bonito que todos los allí presentes, porque tenía plumas de muchos colores, y pidiendo silencio, ante la curiosidad general, dijo, cantando, lo siguiente:

Compañeros de la tierra: el arco iris está enfermo. En el cielo ha aparecido un insecto, que se multiplica por millones, y que vuela alrededor de él como los insectos que ustedes conocen vuelan alrededor de la luz. Pero como allá arriba no hay más pajaritos que los de mi familia y somos muy pocos, decidí venir a la tierra buscando la ayuda de ustedes.

Vengo, pues, a pedirles que vuelen conmigo hasta el cielo, y que nos ayuden a devorarle al arco iris los millones de bichitos dañinos que lo rodean y lo enferman, causa por la cual va perdiendo sus lindos colores, como ustedes han notado. Pero he de advertirles honradamente que es muy difícil la empresa, pues hay que atravesar por parajes muy fríos y luego de llegar, hay que ser muy valientes y decididos para que en la gran pelea que tendremos que sostener con los millones de bichos, ellos no nos venzan a nosotros, siendo en cambio nosotros los vencedores.

Luego de escuchadas estas palabras, en la asamblea de pájaros hubo un gran revoloteo y un prolongado alboroto de trinos. Deliberaron durante un largo rato, y luego, el que hacía de jefe, que era un cardenal, preguntó quiénes se animaban a seguirlo en pos de tan difícil y peligrosa empresa. Hubo en la asamblea un momento de indecisión, pues muchos de los presentes se acobardaron ante los peligros de la travesía y de la batalla, pero los más generosos y valientes, ya con dulce o con áspero canto, hicieron saber su decisión de ir, y apartándose de la enorme bandada, formaron una bandada nueva, bastante numerosa también. Entonces el cardenal en jefe, dirigiéndose al pajarito forastero, le dijo:

—Estamos prontos; tú nos guiarás.— Y la bandada de valientes pájaros echó a volar hacia arriba, hasta desaparecer entre las nubes, mientras los otros, cobardes, se quedaron muy paraditos entre las ramas del gran árbol. Uno de éstos dijo: estos pobres no saben en la que se metieron. Creo que ninguno de ellos volverá a la tierra, y si alguno tiene la suerte de hacerlo, será sin plumas, completamente pelado. Lindos van a quedar después de la lucha con esos bichos desconocidos. ¡Son unos bobos! ¡Cómo nos vamos a reír al ver la figura de los que vuelvan! Y los otros dijeron a su vez: sí, son unos bobos

y unos ilusos. Si alguno vuelve será vencido y desplumado. ¡Cómo nos vamos a reír!

Bueno. Los pájaros valientes, volaron durante varios días, entre el frío y la lluvia y el viento y la nieve, siempre con su jefe, el cardenal, a la cabeza, quien llevaba al costado, de guía o baqueano, al pajarito de colores vivos, al pajarito forastero. Volaban y volaban, pero el arco iris no se alcanzaba a ver, hasta que al fin, una mañana, luego de una tormenta que les mojó mucha las plumas y mucho los atrasó en la marcha, estando ya en el cielo, apareció el arco iris, cerquita, inmenso, hermosísimo a pesar de los manchones oscuros, que aquí y allá le formaban los millones de bichos inmundos que había que destruir. Entonces, estando ya a unos quinientos metros de distancia solamente, el cardenal los detuvo a medio vuelo, los agrupó, les dijo quién sabe qué cosas en su canto vibrante, y todos los de la bandada se lanzaron como flechas, sobre las manchas movedizas de los bichitos que oscurecían los colores que tanto admiramos.

Y allí fué Troya. Durante varias horas aquello fué una verdadera batalla. Los valientes pájaros de la tierra, a cuya bandada se había unido la bandada más chica de los del cielo, con el pico, las uñas y las patas, mataron y mataron bichitos entre ruidos de alas y cantos

de coraje, y cantos de alegría. Después, quedó flotando en el aire y cayendo despacio una gran nube parda de insectos muertos. Los pájaros habían vencido en toda la línea.

Y he aquí que sucedió un hecho sin igual, digno de tenerse siempre en la memoria. Los pájaros de la tierra, de tanto y tanto volar y sacudirse en la zona de luz del arco iris, fueron manchando su pardo plumaje con los bellos colores de aquél; y como los colores del iris no se borran más, los valientes batalladores quedaron vestidos con un plumaje nuevo y hermosísimo, que no sólo iban a conservar mientras vivieran — según les dijeron muy alegres los pájaros del cielo — sino que lo transmitirían para siempre a todos sus descendientes.

Concluída la batalla, luego de un descanso reparador y de despedirse de sus compañeros celestes, la bandada empezó a volar en descenso, y llenos de inmensa alegría se miraban unos a otros como creyendo soñar al verse sanos y salvos, al sentirse satisfechos de haber realizado una gran hazaña en provecho del bien y de la belleza, y al verse premiados inesperadamente con un plumaje tan lindo.

Volando y volando llegaron a la tierra, y había que ver las caras de arrepentimiento que pusieron los que se quedaron aquí abajo por cobardía, al comprobar que no sólo habían

vuelto todos los que fueron, sino que en lugar de llegar vencidos y desplumados, como ellos creían y hasta deseaban, llegaban vencedores y con sus plumas enteras y pintadas con colores hermosos, como son en la actualidad los colores del churrinche, del benteveo, del siete vestidos, del dorado, del zorzal y de muchos otros pájaros lindos que viven en los campos y bosques de los países sudamericanos.



La calandria

Calandria familiar
que pasas largos ratos
cantando desganada
sobre el techo del rancho.

Casera, mansita
y sin embargo,
nada tan salvaje
como tu canto.

Eres bien campesina
y bien americana,
luciendo en la cabeza,
— cual si fuera una vincha, —
una rayita blanca!



Ñandutí

Ñandutí:

tela de araña donde se enredan los ojos;
trampa cazadora de miradas;
dulce geometría de las tristes
mujeres paraguayas.

Ñandutí:

arabesco tejido;
en el telar de la paciencia india
arabesco tejido a punta de suspiros.

Ñandutí:

América tan grande,
América tan áspera,
América tan ruda
ha dado en tí su filigrama única,
¡Ñandutí!

El cardenal

Entre los pájaros cantores
ninguno más salvaje, ni más bello,
ni más bravo, ni más altanero.

Eres lindo, lindo,
con tu pecho blanco,
con tu lomo gris
y tu arquitectónico mechón colorado.

Cardenal:
yo te he visto volar con el alba crecida,
portador de la mecha
para encender el día.



A la mancha

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.

Como va siendo de noche
todos llevan un farol,
que apagan para esconderse
como diciendo: a mí no;
que encienden para mostrarse
como gritando: aquí estoy.

Por allá, en la tardecita,
dentro del espacio azul,
están jugando a la mancha
diez mil bichitos de luz.



La Bandera

La bandera de la patria
no vale por su color;
si en vez de blanca y celeste
fuera azul, verde, o punzó,
esos colores serían
los que vemos con amor.

No es por blanca y por celeste
y por el oro del sol;
vale porque esos colores
fueron símbolo mayor,
en la mente de los héroes
de nuestra emancipación.

Símbolos de la pureza
de su patriótico amor;
símbolos de vidas libres

hacia un destino mejor,
son el blanco y el celeste
que hay en nuestro pabellón.

Y todo como en la vida:
alumbrado por el sol.



El día que yo nací

("El día que yo nací
nacieron todas las flores").

(Antigua canción).

El día que yo nací
nacieron todos los pájaros,
y es por eso que a mi boca
bajaron todos sus cantos.

El día que yo nací
nacieron todas las brisas,
es por eso que mis labios
aun cantando suspiran.

El día que yo nací
nacieron todas las rosas,
por eso es que a veces tengo
las mejillas tan hermosas.

Y el día que yo me case,
para que esté más bonita
me abanicarán las brisas;
se darán cita las rosas
para pintar mis mejillas,
y sonará entre mis labios
todo el canto de los pájaros.



A la Primavera

Primavera tú eres un prodigio;
primavera tú eres una orden;
eres otro plumaje en el plumaje,
eres otro paisaje en el paisaje,
color en el color, ritmo bajo la piel;
en cada árbol cuelgas un nido
y haces de cada nido una luna de miel.

Alegrando a los pájaros, alegrando a los niños,
en las mañanas tibias te despeinas al sol;
y por sobre los hombros jugosos del paisaje,
con botones de flores
abrochas una capa de lozano verdor.

Primavera tú eres un prodigio;
primavera tú eres una orden;
eres otro plumaje en el plumaje,
eres otro paisaje en el paisaje,
color en el color, ritmo bajo la piel;
en cada árbol cuelgas un nido
y haces de cada nido una luna de miel.

La flor del camalote

El camalote es una planta acuática de nuestra flora indígena, que se cría en los ríos, arroyos y lagunas del país. Sus hojas son de un verde oscuro, de tamaño grande, redondas y planas.

Estas, luego de arrancadas conservan por muchas horas su frescura. Parece que retuvieran la humedad del elemento en que nacen y crecen. Son tan frescas estas hojas, que los hombres del campo suelen usarlas contra los ardores del sol en el verano, poniendo una o varias de ellas dentro del sombrero, lo cual les proporciona un agradable frescor en la cabeza.

Esta planta produce una hermosa flor celeste, grande como la mano abierta de un niño.

Respecto a ella conozco una leyenda que relato a continuación:

Era en el tiempo de los indios.

A orillas de un río caudaloso vivía feliz una tribu, cuyos componentes tenían las creencias, usos y costumbres que ya conocemos; es decir:

creían en un Dios bueno al que llamaban “Tupá”; en uno malo que llamaban “Añanj”; vivían en tolderías, se cubrían con pieles, se alimentaban de la caza, la pesca y las frutas silvestres, y se servían para usos de guerra y de caza, de la flecha, la lanza y la bola.

Bien. Cierta vez, vieron con grande asombro llegar gente blanca venida no sabían de dónde, e instalarse en los parajes habitados por ellos; gente que, luego de edificar casas con obras de defensa llamados “fuertes”, se posesionó atrevidamente de aquellas tierras. Los indios no vieron con buenos ojos tal intromisión, y luego de encarnizados combates, en los cuales unas veces vencieron y otras fueron vencidos, llegaron a un acuerdo, al cual contribuyó mucho la mediación de algunos hombres de aspecto pacífico y bondadoso, que los blancos traían, con la misión de amansar y convertir a los indios a la religión de los invasores.

Las tribus, con excepción de alguna demasiado guerrera y salvaje, se fueron entregando, aceptando de buen grado las relaciones con los extranjeros.

Pasaron varios años.

El jefe invasor, tenía una hija blanca como una estrella, de cabellos rubios como el sol y de ojos celestes como el cielo. Era tan linda y era tan buena, especialmente con los indiecitos, que toda la tribu le tomó especial cariño.

El río a cuyas márgenes vivían los blancos e indios, era muy peligroso, pues crecía algunas veces sin necesidad de lluvias, por la sola influencia de los vientos. Y así sucedió que cierta tarde, mientras se bañaban varios indiecitos, el río comenzó a crecer y uno de ellos empezó a ahogarse. Los otros niños indígenas que se habían internado menos en las aguas, salieron asustados a la orilla dando gritos. En eso apareció la bella rubia hija del jefe blanco, y quitándose las ropas rápidamente, se arrojó al río y luego de nadar unos metros en la parte más honda, con mucho trabajo y peligro, consiguió asir del pelo al indiecito, teniéndolo a flote para que respirara. Al alboroto llegó más gente, blancos e indios y entre éstos, en primera línea y a la carrera, el cacique, de quien era hijo el niño que se ahogaba. El cacique, gran nadador, se arrojó también al agua, en unas cuantas brazadas llegó a donde luchaba la buenísima joven blanca por salvar al pequeño indio, y rescató a su hijo, no pudiendo hacer lo mismo con la muchacha, porque a ésta se la llevó la corriente, y jamás se la pudo hallar.

Entonces, la tribu entera, después de realizar extrañas ceremonias pidiéndole al dios Tupá por el alma de la heroica niña, comunicó por medio de los hechiceros, al inconsolable jefe blanco, que Tupá les había dicho que la bella

muchacha no moriría, pues iba a seguir viviendo, verdad que de un modo diferente; que en premio a sus virtudes y al heroico acto realizado, su hermoso cuerpo se iba a sumar de un modo visible a la naturaleza, renaciendo en una planta acuática, y sus ojos celestes, a fin de que siguieran contemplando la vida para siempre, en la época en que natura se embellece, surgirían, conservando su antiguo color, sobre las aguas que los cegaron, entre las hojas de esa planta que iba a ser la más característica de los ríos, los arroyos y las lagunas.

Y así, en la primavera y en todas las primaveras, los ojos celestes y cándidos de la heroica niña blanca, contemplan la vida y el paisaje de nuestros campos, transformados en flores de camalote.



Romance de mi infancia

Pueblo Sarandí del Yi
acollarado a mi infancia,
en tu borroso recuerdo
tengo, patente, mi casa:
un caserón primitivo
con sus tejas coloradas
atado por un sendero
al gran árbol de la plaza.
Mi padre siempre escribiendo
en hojas inmaculadas;
mi madre con su costura
toda rodeada de hilachas;
la negra cebando mate
en una gran calabaza;
un mulato me mecía
entre dos tragos de caña,
y para mi boca niña,
para mi boca paisana,
no había más caramelos
que el canto de las calandrias.

Clavel del Aire

Yo era un árbol fuerte y rudo,
tu eras un clavel del aire
luciendo todo el donaire
de lo lindo y de lo puro;
yo era un tronco fuerte y rudo
sin alegría ni amor,
y todo a mi alrededor
oscuro me parecía,
pero tú llegaste un día
y mi tronco dió una flor.

Y hoy estás bajo mis ramas
bien prendida a mi corteza,
arrimando tu belleza
al árbol rudo que te ama.
Así alimentas la llama
de mi paternal amor;
flor del aire, linda flor,
extraño milagro has hecho:
que a mi tronco, que a mi pecho
le naciera un corazón.

Madrugada blanca

Escarcha,
escarcha por todos lados.

La madrugada es crespá,
la madrugada es blanca
como espuma de leche
recién ordeñada.

Los árboles amanecieron cristalinos;
en sus ramas se posa la luz del sol nuevita,
pero no hay un pájaro que cante
en la mañana fría.

Escarcha,
escarcha por todos lados.

Durante la noche,
las lavanderas lavaron
la ropa blanca
de todo el pago.

La estrella

La luna es una maestra;
niñas son las estrellitas;
la luna es una maestra
y las estrellitas, niñas.

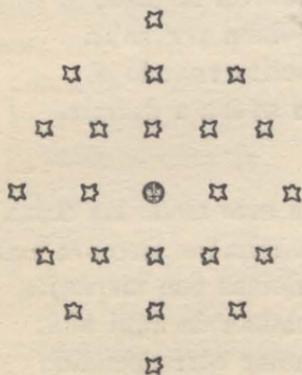
Allá arriba hay una escuela;
es un patio azul el cielo;
el cielo es un patio azul
hecho de un solo azulejo.

Las estrellitas son niñas
en el patio de esa escuela;
tocaron la campanilla,
todas se han quedado quietas.

Todas se han quedado quietas
entre sus túnicas blancas;
unas cuantas parpadean
como haciéndonos guiñadas.

¡Qué altas están las niñas,
 quiero decir, las estrellas;
 ay, nunca las tocaremos
 y sin embargo, son nuestras!

No sé cuál será la mía;
 seguro que alguna de esas:
 mi madre dice que todos
 poseemos *nuestra estrella*.



Eclipse de Sol

Jugaron a los novios
la luna y el sol;
el novio madrugaba
pero la novia no;
oscurita la tarde
le daba por salir,
justito cuando él
ya se iba a dormir.

De este modo las cosas
marchaban siempre mal;
palomas con mensajes
volaban de aquí allá;
“amor correspondido
por medio de papel
no es amor duradero”,
siempre escribía él;
y ella le respondía
en este diapasón:

“¡Oh sol, es todo tuyo,
tuyo mi corazón...
amor que no se encuentra
también es grande amor,
quizá el amor más grande
es el que ofrezco yo”!

Pero entonces un ángel
hizo de mediador,
y volando, volando
fué al palacio del sol.
Hablaron en secreto
cosas que ignoro yo;
luego voló otra vez
y a la luna llegó;
le habló quedo al oído
y le habló al corazón.
La luna le decía:
“despacito, por Dios...
que no oigan las estrellas
lo que me dice el sol...”
y escuchaba sonriente
rosada de emoción.

Después, al otro día
sucedió, sucedió,
que media hora juntos

estuvieron los dos,
diciéndose, bajito,
lindas frases de amor.

La gente los miraba
(qué curiosa es la gente)
detrás de un vidrio ahumado
como detrás de un lente.

Yo creo que a los novios
la cosa les gustó.
Ya no precisan ángel
que los arregle, no,
porque de cuando en cuando
— es la pura verdad —
se dan cita allá arriba,
cuando las estrellitas
en el cielo no están.

Esta es la linda historia
de la luna y el sol,
se citan allá arriba
para hablarse de amor.

Hombres que saben mucho,
más que tú y más que yo,

dan en llamar eclipses
a estas cosas del sol;
mas yo que al ser poeta
me trato con los dos,
le llamo a los eclipses:
amor de luna y sol.



Rusita de estos campos

Rusita de estos campos,
rusita campesina
que encuentro tarde a tarde parada en la tranquera,
enviando al horizonte tus miradas tranquilas.

Tu traje con guardas de colores
poniendo en el paisaje un hermoso matiz,
más que ruso parece
incaico o calchaquí.

Tú eres ya tan nuestra como las mismas criollas;
porque tus ojos tienen el verde de los montes;
porque tiene tu pelo
el mismo color oro que tienen nuestros soles;
y el color del copete del cardenal, tus labios;
y el color de la leche tamberita, tus brazos.

Campesina:
yo no sé qué tienes
de lozana y fresquita,
que aunque esté entrando el sol,
al saludar dan ganas de decir: "buenos días".

Churrinche

Churrinche:

en el fuego de tus plumas
se condensa el fervor
del canto de todos los pájaros.

Churrinche:

brasa de los fogones paisanos;
pajarito fantástico,
fantástico hasta parecerme
el botón colorado con que el paisaje
abotona su capa de verdor.

Churrinche:

eres como una herida;
te posas en un árbol y humanizas la planta;
al árbol lo han herido y por la herida canta!



Una paloma blanca con una negra

Una paloma blanca
con una negra,
me gusta para que hagan
buena pareja.

Una paloma blanca
con una negra
buena pareja harán;
mas lo bueno y lo malo,
malo con bueno,
me parece que nunca
se entenderán.

Seamos diferentes
en el color,
y por dentro igualitos,
será mejor;
una paloma blanca
con una negra,
andarán más de acuerdo
que tú y que yo.



Himno al futbol olímpico

¡Hurra, campeones del lado argentino;
salve, campeones del lado oriental!

Veintidós estrellas vivas
del cielo puro de acá,
once de color celeste,
de blanco azul once más;
mozos criados como yuyos
en campitos de arrabal;
todos venidos de abajo
como el pastito nomás
y hoy "maestros de dibujo"
en los campos de Amsterdam.
¡Hurra, campeones del lado argentino;
salve, campeones del lado oriental!

Al aire gachos, por los campeones;
por unos y otros en gesto igual;
todos parejos en el coraje
como parejos en el jugar;
no son mejores ni son peores
desde hace veinte años o más;
benditas sean, Señor, las patrias
que los supieron, fuertes, criar;

benditas sean, Señor, las madres
que los supieron amamantar.

Aprendieron en las calles
del barrio pobre, a jugar,
con cáscaras de naranjas
que fueron su primer ball,
y hoy sus nombres, de memoria,
la fama aprendiendo está.
Pongamos los corazones
sobre la rivalidad;
ganó el que pudo, ¡qué diablos!
uno tenía que ganar...

¡Hurra, campeones del lado argentino,
salve, campeones del lado oriental!



Tarde de verano

Se viene encima el verano;
las ovejas, esquiladas,
me parecen de juguete
por lo chiquitas y blancas.

El sol ya se va acercando
a su dorada querencia;
de distanciados balidos
el campo entero se puebla.

Una bandada de pájaros
cruza, volando, los trigos;
y están lindos de segar
los trigales amarillos.

El sol se hundió tras un cerro,
y el cerro, sobre su falda,
enseña la vuelta roja
de su enorme poncho patria.

Canción de la Buena Esperanza

Chacarera, chacarera
nacida en el Uruguay,
cuando maduren los trigos
me he de venir a ennoviar;
cuando florezca la alfalfa
te he de venir a besar;
cuando amarille el maíz
me he de venir a casar.

Maduraron los trigos,
floreció el alfalfar,
dió choclos el maizal...
Pero él no se vino a ennoviar,
pero él no me vino a besar,
pero él no se vino a casar,
cantaba la chacarera
con tristeza en el cantar.

Habían madurado ya tres veces las mieses;
había dado choclos tres veces el maizal;
y el alfalfar ¡las veces que había dado flor!...

Más llegó el chacarero
tardío en el llegar,
y ella no sabía
qué cosas preguntar;
qué reproches hacer,
donde hacerlo sentar;
qué le iba a ofrecer,
qué le iba a brindar;
si labios a beber
o manos a besar;
si había de reír,
o había de llorar...



La derrota del Sol

En un lugar campesino, había una muchacha tan linda, que el sol, celoso de su belleza, y de la admiración que ella despertaba entre los hombres, los cuadrúpedos y las aves, se enojó una vez y anunció por intermedio de los buhos, tan amigos de la noche, su decisión de no salir durante muchos días, para castigarlos por el olvido en que lo iban teniendo. Entonces, ante tal anuncio, se reunieron los hombres, los cuadrúpedos y los pájaros, cada grupo por su lado. Los hombres resolvieron contrarrestar la ausencia del sol, alumbrándose con miles de luces; los cuadrúpedos no llegaron a ponerse de acuerdo, ni tomaron, por lo tanto, resolución alguna; pero los pájaros, más líricos e ingeniosos, resolvieron realizar ellos mismos el amanecer, comisionando para tal fantástico fin, a los churrinches, para que éstos con sus cuerpitos emplumados con rojas plumas, a la hora en que debían aparecer los reflejos anunciadores del rey de los astros, en bandada millonaria

levantaran el vuelo hacia el oriente, para dar con su color la impresión del amanecer. Llegó el día señalado por el sol para imponer su castigo. Millones de churrinches, a cuya gran bandada se habían agregado bandadas de otros pájaros cuyo plumaje, en parte, podía contribuir a la realización del fenómeno, como los pechos colorados, los zorzales, etc., fueron levantando el vuelo por el oriente, abarcando en grupo inmenso y casi compacto, todo el ancho del horizonte. Y contra las leyes físicas de la naturaleza, a pesar de que los colores no se ven fuera de la luz, el fenómeno se produjo. El color rojo de tantos millones de pájaros subiendo lentamente por la trayectoria solar, dió la impresión del amanecer. Los campos, montes y ciudades se aclararon, y cantaron todos los pájaros, y se levantaron del suelo los animales, y saltaron de sus lechos los hombres, y zumbaron los insectos como todos los días. Entonces el sol, al ver que a pesar suyo, se había puesto rojo el horizonte, amaneciendo el día, viéndose vencido y humillado por la lección de las aves, guardó su enojo y sus celos y apareció como siempre, aunque un poco retrasado, enviando uno de sus rayos a los pies de bella niña. Y he aquí cómo por el esfuerzo de los pájaros líricos e ingenuos, una vez se dió el caso extraordinario de un artificial amanecer.

Muchachita rubia

(Poema para la hija de un inmigrante)

Muchachita rubia
tan limpia y peinada,
hija del hombre pobre que vino desde lejos
en busca de trabajo;
muchachita rubia, hermanita nuestra,
hermanita nuestra en el celeste y blanco.
Muchachita rubia,
tan peñadita y fresca y tan rosada
como un rayo de sol recién nacido,
como un rayo de sol de madrugada.

Hija de gentes nuevas, de familia extranjera
que dejaron sus patrias para darte otra a ti;
en sus países viejos no producían los campos
y por eso se vinieron aquí.

Muchachita rubia, pétalo de otra raza,
hija de inmigrantes, ya sé:
tus padres son los nuevos colonos de la América,
nuevos conquistadores, nuevos héroes tal vez,
porque a pecho desnudo vienen a dar batallas,
en campos de la industria, el comercio y la mies;
las batallas sin gloria de los tiempos modernos
pero que hacen la patria como aquellas, también.
Muchachita rubia, no te achiques nunca
porque tus abuelos no hayan sido aquellos
que empuñaron las armas de la emancipación;
empuñaron en cambio el mango de la azada,
la esteva del arado, el freno del motor,
que es empuñar las armas de la patria de hoy.

¡Muchachita rubia a quien quiero tanto:
hermanita nuestra en el celeste y blanco!



El árbol que no da flor

Hay un árbol hermoso
que vive en un estado pleno de ilusión,
porque siempre está verde
y nunca da flor.

Lo mismo que el árbol
del canto soy yo:
mis aspiraciones mueren en pimpollo
sin llegar a flor,
pero al otro día
despierto con una nueva aspiración.

Lo mismo que el árbol
del canto soy yo.



La flauta

Esta caña
que he encontrado en el campo,
me la llevo a mi casa,
ha de servir para algo.

En los tiempos heroicos
de mis antepasados,
una caña como esta fuerte y larga,
solamente servía para hacer una lanza.

Pero yo, no siendo hombre de guerra,
para qué quiero lanzas;
yo con ella me voy a hacer una picana;
y si sobra un pedazo...
y si sobra un pedazo he de hacerme una flauta.



Himno de los Labradores

El silbar de los chingolos
viene arreando la mañana,
la madre tierra nos llama,
compañero labrador;
arde el fogón del oriente
y ya, por entre las guampas
de los tardos bueyes pampas
está amaneciendo el sol.

Empuñando la mancera
vamos abriendo la tierra,
ya se acabaron las guerras
que impedían la labor;
trabajemos, labradores,
inclinados a la tierra,
empuñando la mancera
o el volante del tractor.

Digamos a nuestros hijos
esta verdad:

que no hay flores más preciadas
que las flores del maizal;
digamos a nuestros hijos
otra verdad:
que no hay oros más honrados
que los oros del trival.

El silbar de los chingolos
viene arreando la mañana,
la madre tierra nos llama,
compañero labrador;
arde el fogón del oriente
y ya, por entre las guampas
de los tardos bueyes pampas
está amaneciendo el sol.

Vaya la semilla al surco
de la tierra generosa,
y sea la primer gota
de riego, nuestro sudor;
y después de la cosecha
levantemos nuestra parvas,
bien redondas y doradas
como copiadas del sol.



Mañanita

Mañanita,
orilla rosada del día,
en la cancha diáfana del espacio,
batalla de serpentinas musicales
es el contra punto de los gallos.

Mañanita:
sobre el oro liviano del espacio
el canto de los pájaros
se está calentando al sol.

Mañanita:
alegría del mundo sobre los campos,
bienvenida del cielo, suavemente,
suavemente
como viene una pluma en el aire;
para lavar mi cuerpo cansado y perezoso
dame un poco de tu agua celeste,
de tu agua celeste
todavía salpicada de estrellas,
mañanita . . .

El Payador

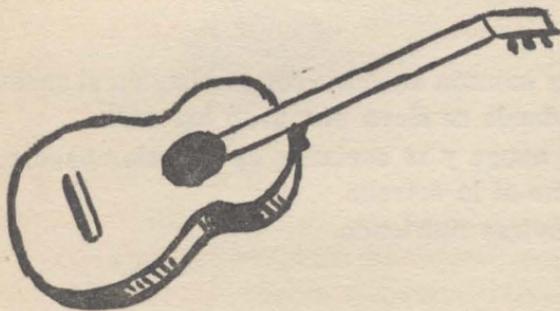
Hace muchos años, pero muchos, por los campos despoblados andaba un hombre errante, sin hogar y sin hábitos de trabajo. Este hombre, que era un gaucho, cuando había guerra empuñaba las armas, pero en tiempos de paz no sabía a qué dedicarse, puesto que su principal habilidad era la de recitar versos que a veces él mismo componía. Además, tenía otra afición: le gustaban las muchachas de todos los lugares por donde pasaba en su constante ambular, montado en su hermoso caballo ensillado a la manera típica del país. Le gustaban todas y especialmente, no hay ni que decirlo, las buenas mozas, pero no se casaba con ninguna, porque en ninguna encontraba, juntas, todas las virtudes y bellezas que debía de poseer la novia por él soñada. Luego, cuando en una región, en un pago, hallaba alguna que le empezaba a interesar vivamente, al poco tiempo de conocerla, le entraba el deseo de seguir corriendo tierras, y como en los lugares nuevos encontraba mu-

chachas también nuevas, el recuerdo de las conocidas iba siendo borrado por la presencia de las desconocidas.

Mas, he aquí que al cabo de tanto andar, sin dar con la compañera única y para siempre, el hombre empezó a aburrirse de su soledad, tornándose triste y enfermizo. Entonces, decidió visitar a un viejo hechicero, que vivía como un ermitaño, en una gruta, y que era famoso por su poder extraordinario para curar enfermedades del cuerpo y del alma, y por los dones casi sobrenaturales que concedía a sus visitantes, cuando quien los pedía, por su bondad y sus virtudes, era merecedor de ellos. Como el hombre del cuento era bueno y virtuoso, cosa que no está reñida con la admiración hacia las muchachas lindas, el viejo hechicero lo escuchó con toda atención y se propuso ayudarlo. Cuando el gaucho hubo concluído la relación de sus cuitas y expuesto sus deseos, el viejo le dijo: puesto que no encuentras lo que has soñado y buscas con tanto afán, yo te daré algo que se asemeja mucho a lo que deseas, para que te vayas consolando mientras no halles la mujer con la cual sueña tu imaginación. Te daré un objeto construído con un pedazo de árbol, pero que es cosa femenina, con forma de mujer, con alma musical, con carne acanelada, con cabellos sueltos que tú te encarga-

rás de peinar, y con una cavidad en el pecho para que tú, hombre, concluyas de humanizarlo poniéndole adentro tu propio corazón. Aquí está, toma. Y el hechicero entregó al gaucho una guitarra. El gaucho, sorprendido, la tomó entre sus brazos, le estiró amorosamente las cuerdas, que traía sueltas y enredadas como cabellos despeinados, y poniendo en ellas sus dedos y su sentimiento, le arrancó dulces notas musicales y cantó.

Había nacido el payador.



Ha caído una estrella

(Poema del hombre que suelda los rieles)

¡Qué lindo,
vengan a ver qué lindo:
en medio de la calle ha caído una estrella;
y un hombre enmascarado
por ver qué tiene adentro se está quemando en ella!

Hay un montón de gente con la vista en el suelo,
desde donde se eleva una gran luz azul,
que se apaga y se enciende en un relampagueo,
tal como si la estrella
se estuviese muriendo.

¡Vengan a ver qué lindo:
en medio de la calle ha caído una estrella;
y la gente asombrada
ha formado una rueda,
para verla morir entre sus deslumbrantes
boqueadas celestes!

¡Estoy frente a un prodigio,
a ver quién me lo niega:
en medio de la calle
ha caído una estrella!



En el cumpleaños de una paisanita

Hoy es el cumpleaños de la moza del "puesto"
que se ata las trenzas con tiritas de cielo.

Se levantó temprano, con "las barras del día",
para tener la casa como nunca de limpia.

Un zorzal con el pecho manchado de alborada
vino desde los montes trayéndole en el pico
el dulce de sus cantos...
Y el dulce de sus cantos fué su primer regalo.

Desde un lugar distante llegó su novio al tranco,
en un caballo zaino lindamente ensillado.

Ella dejó quehaceres en manos de la madre
y salió a recibirlo ofreciéndole un mate.

Para el agreste almuerzo, fueron sacrificados
un corderito gordo y una yunta de patos.

A la hora de la siesta se templaron los ranchos
con sones de guitarra y dulcísimos cantos.

Después, de nohecita, pasearon novia y novio;
con los cuerpos pegados iban muy despacito,
iban muy despacito
arreando la tropilla lerda de los suspiros.



Desembarco
de los Treinta y Tres Orientales

En el Oriente,
la Libertad recién nacida mostró sus carrillos rosados.
Las barcas, con sus cargas de hombres y de sueños,
iban cruzando el río como pájaros negros,
aleteando sin ruido en sus remos.

Una Patria crecía en el filo de los hierros
y en la boca de los trabucos naranjeros.

Al llegar a la orilla oriental tan deseada,
hubo una niña emoción mojada en lágrimas,
y en seguida un choque férreo de nazarenas y es-
[padas,
como si todos aquellos varones a la vez
afilaran sus aceros en el granito rosa del amanecer.

A la media luz del alba
se movió el grupo de ponchos y golillas desplegadas;

algunas figuras se hincaron, teatrales,
y el oro de un juramento se incrustó en la cruz de los
[puñales.

Los caracoles de la playa retienen aún en su hueco
el bronco respirar de los pechos.

Luego, el monte nativo, espinoso y bajo,
los amparó en la comba verde de su abrazo.

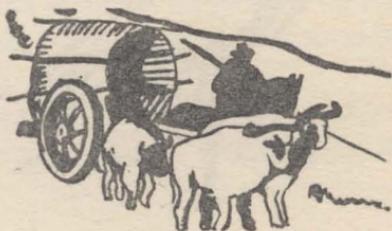
En el Oriente,
la Libertad recién nacida mostró sus carrillos ro-
[sados;
y como ingenuos indígenas, los pájaros
ofrecieron la plata más pura de sus cantos.



El buey

Es pesado, es tardío;
camina torpemente pero nunca tropieza;
y entre sus cuernos en forma de cuna
parece que al andar acunara al Progreso.

El arado es su perro y es el yugo su cruz;
la claridad del día lo sorprende en el campo
soplando tibio aliento a lo largo del surco;
y es tan madrugador, que todas las mañanas
por entre sus cuernos se levanta el sol.



Canción al Sol

Bendito seas, tú, sol,
que me haces más alegre
de lo que soy;
bendito seas, tú, sol,
que me das fuerza y salud
al dejarme tu color.

Eres mi agreste Tupá,
(yo soy religioso de él)
haces más roja mi sangre
y más hermosa mi piel.

Eres el gran chacarero,
el primer agricultor,
por ti reverdece el campo,
eres el gran sembrador.

Bendito seas, exclamo,
cuando te veo salir,
porque al dejarme dorado
me dejas rico de ti.

Padre sol, yo te bendigo,
porque al tostarme la cara
me haces hermano del trigo.

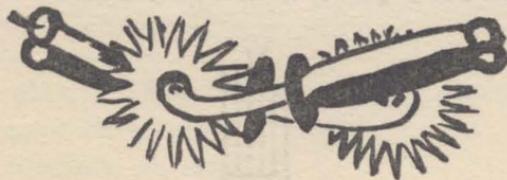


Las manchas

Mi caballo era oscuro y tenía
una mancha en la frente;
y tenía en las patas los cuatro cabos blancos
como de haber cruzado por un río de leche.

Mi caballo era oscuro y tenía
las manchas blancas,
por eso tanto me miraba en él.

Yo también tengo manchas
pero no se me ven:
las manchas de los niños
están bajo la piel.

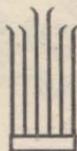


El Cacique

En la cumbre azulada, una hoguera distante
que ardió toda la noche, el horizonte ahuma;
el indio monta ágil, de salto, en el piafante
potro negro y crinado plateado de espuma.

Es cacique en la tribu, se le ve en el talante,
y en la mirada de águida, y en el airón de pluma;
lleva una lanza al brazo que concluirá en astillas,
y dirige el caballo hasta con las rodillas.

Lo hace girar, lo para de manos, y a los otros
indios, les grita altivo, con su voz gutural.
Golpean en la tierra los cascos de los potros;
y al avanzar la hueste de sombrías fierzas,
una nube dorada les nimba las cabezas,
hecha con sol y polvo de la tierra natal.



La radiotelefonía

Maravilla,

maravilla:

la voz de mi madre llega a mis oídos,
clara y potente,

luego de haber cruzado los ríos y los campos
y de haber hilvanado los vientos.

Maravilla:

la voz de mi madre penetra de golpe en mi estancia,
trayéndome el perfume

de cien leguas de mar y cien leguas de campo.

Peinando las copas más altas,

rozando las piedras más duras,

corriendo con la luz fantásticas carreras,

mojándose en las tormentas

y pasando bajo el triunfo de los arco-iris,

la voz de mi madre

ha venido peinando los vientos.

Maravilla,

maravilla:

por el genio de los hombres y por la voz de mi madre,
la intemperie de medio continente

está perfumando mi casa!

Índice

	<u>Pág.</u>
<i>Chingolito</i>	9
<i>Mi trompo</i>	10
<i>La cometa</i>	12
<i>Las bolitas</i>	14
<i>Los pollitos</i>	17
<i>Teru tero</i>	18
<i>Tropilla de estrellas</i>	19
<i>El copete del cardenal</i>	21
<i>El balero</i>	23
<i>El picaflor</i>	26
<i>El diamante</i>	28
<i>Palomita blanca</i>	29
<i>A un camino nacional</i>	30
<i>El Nido</i>	31
<i>El color de los pájaros</i>	32
<i>La calandria</i>	38
<i>Nanduti</i>	39
<i>El cardenal</i>	40
<i>A la mancha</i>	41
<i>La Bandera</i>	42
<i>El día que yo nací</i>	44
<i>A la Primavera</i>	46
<i>La flor del camalote</i>	47
<i>Romance de mi infancia</i>	51
<i>Clavel del Aire</i>	52

	Pág.
<i>Madrugada blanca</i>	53
<i>La estrella</i>	54
<i>Eclipse de Sol</i>	56
<i>Rusita de estos campos</i>	60
<i>Churrinche</i>	61
<i>Una paloma blanca con una negra</i>	62
<i>Himno al fútbol olímpico</i>	63
<i>Tarde de verano</i>	65
<i>Canción de la buena esperanza</i>	66
<i>La derrota del Sol</i>	68
<i>Muchachita rubia</i>	70
<i>El árbol que no da flor</i>	72
<i>La flauta</i>	73
<i>Himno de los labradores</i>	74
<i>Mañanita</i>	76
<i>El payador</i>	77
<i>Ha caído una estrella</i>	80
<i>En el cumpleaños de una paisanita</i>	82
<i>Desembarco de los Treinta y Tres Orientales</i>	84
<i>El buey</i>	86
<i>La canción al Sol</i>	87
<i>Las manchas</i>	89
<i>El cacique</i>	90
<i>La radiotelefonía</i>	91



IMPRESORES: A. MONTEVERDE Y CÍA.

"PALACIO DEL LIBRO" - 25 DE MAYO 577 - MONTEVIDEO